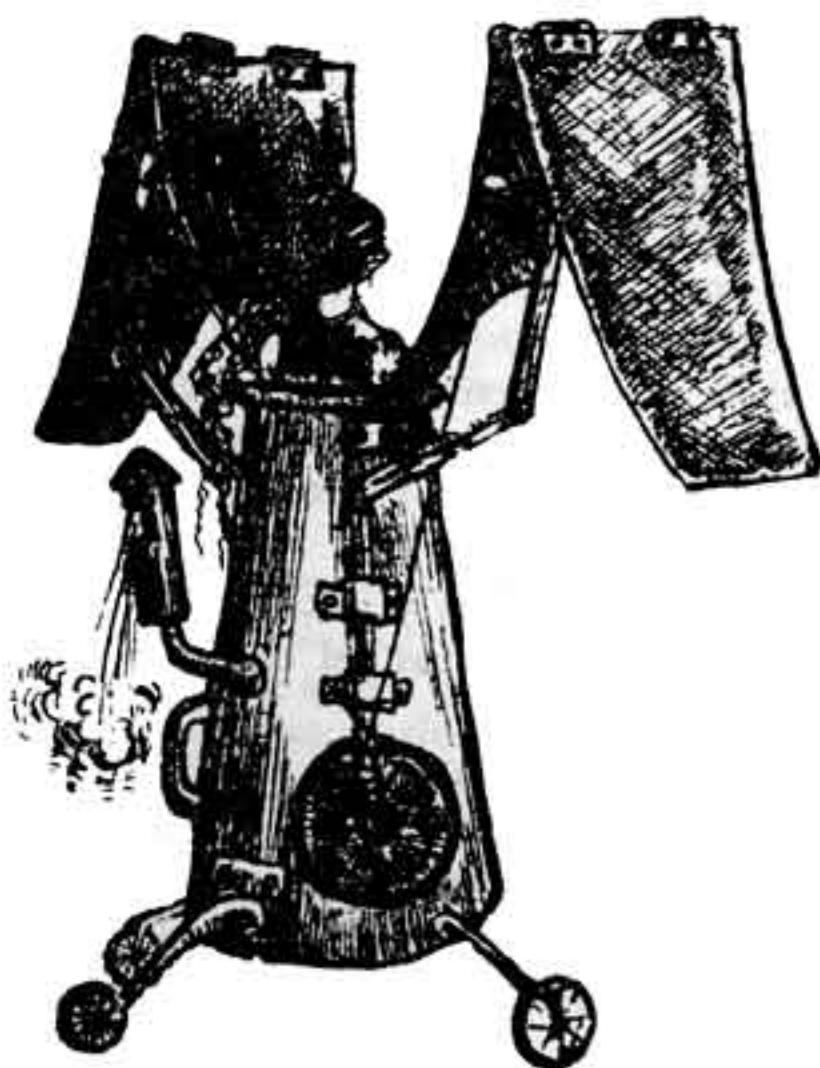


# Dionisios

Eligio Calderón / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Dionisios, afecto a los buenos cigarrillos y a los clásicos, instruido en el arte del buen decir, improvisador magnífico de obras de teatro, que representaba todos los días al levantarse con las puertas de su casa sin cerrar, se había recluido en los cuartos alfombrados a meditar sobre las últimas consecuencias infames de este mundo. Durante dos años, dos eternos años inacabables, transcurridos sin reloj, en los umbrales del tiempo y la verdad, sin la comunicación paciente con el parlante imbécil de lenguaje anticuado y antiguas maneras de vestir, había plegado su silencio con moderación; disipado las sombras del humo del cigarrillo oculto entre el hueco de la mano de los dedos amarillos. Pero, Dionisios, de veinticinco años, no había pensado absolutamente nada, los libros leídos eran muchos, pero el tiempo inobjetable de manecillas torcidas no le dio oportunidad de saber quién era, dónde estaba y qué hacía. Su habitación colgaba de las paredes libros pinchados con alfileres en páginas diferentes, como mariposas tibias acabadas de disecar, libros entre los focos del candil, libros sobre la cama sin tender durante dos años, libros en la mesa, en la silla, en el balcón, entre los pliegues de las cortinas, bajo el ropero, en los cuadros, entre la ropa, sobre el espejo, bajo la tina de baño, entre sus carnes, sobre la cabeza, entre los ojos, entre las piernas, sobre el pecho, en la boca... libros, libros... libros y nada de pensar, nada de construir, de meditar, de objetar. La noche disipaba con la claridad de la muerte lo que se había sabido y no se comunicaba a los demás, los faroles atropellaban la vista y las calles, aterciopeladas con los fulgores de la noche y de la luna, encaminaban los pasos de Dionisios hasta el zoológico, su lugar de origen, su objetivo, sus únicos hermanos: los animales.

Ya allí, sin inclinar la cabeza ante las rejas o romper los globos ausentes, se detuvo con los labios cerrados a esperar pacientemente la claridad del otro día, para hablar con claridad de la vida y anudar el viejo lenguaje al nuevo modo de cegar por un momento el ojo escondido bajo el pecho, tras la hebilla de su cinturón; solitario recuerdo del parto, su cordón umbilical. Pero, Dionisios, de estudios universitarios y manejo perfecto de tres idiomas, sabía que la vida era tan inútil como nadar en el asfalto de la avenida, por lo que, detenido,



inmóvil frente a las rejas, descansaba ahora un pie, ahora el otro, hasta terminar sentado sobre el banco más cercano a la vista; ahora podría comer hierbas y césped de jardín, ya no se interrogaba nada. Sentado en la banqueta blanca del bosque, ya no buscaba la inútil solución. Esto y nada más eran los recuerdos inútiles de un pasado de letargo. Es la violencia del cadáver recortado de Dionisios, en provecho de toda una geometría masiva. Allá fuera, la selva.

---

## Casi un cuento

José Carlos Méndez / Facultad de Filosofía y Letras

... y fue una vez, cuando ya el patio había cegado sus ingresos de luz, y la escasa que quedaba, ya sin robustez, demoraba las formas de las cosas y lo tornaba todo asustadizo.

El cuchillo de la luna en cuarto creciente ya había aparecido, después de esperar toda la tarde a que el sol se metiera para no ensangrentarse. Todo estaba en silencio y a oscuras. Fue entonces cuando los murciélagos empezaron a ir y venir, acariciando casi las vigas del techo, las paredes y los pilares y a veces, hasta las jaulas de los pájaros que se alborotaban por momentos.

Iban y venían, mordiendo su ceguera diurna y su vértigo. Iban y venían, y dejaban las telarañas temblando, hiriéndolo todo sin tocarlo con sus alas sin plumas, con su hocico que sabía fumar. Se incrustaban en las sombras, salían por el agujero del patio, se revolvían violentos en el aire, sobre las tejas sucias, sobre los maullidos de los gatos, y volvían furiosos a atacar las vigas, las paredes y los pilares, las jaulas y el silencio. Parecían puñales en manos de ciegos o borrachos. Y ocurrió entonces que algo se me empezó a mover en el estómago, a crecer, a subir y a bajar, pero siempre a crecer. El cabello se me erizó en la nuca, desde donde me corría un sudor frío que también crecía, se deslizaba, suave, por el cuello y la espalda, por los brazos, por las piernas, por todos lados y aquello que tenía primero en el estómago ya lo tenía por todas partes. Lo que pasaba es que tenía miedo. Estaba solo y tenía miedo. Pronto se me pasará, pensaba. Pero no, no se me pasa. El miedo crece. Casi no me atrevo a respirar. Ahora tengo hambre, pero la cocina está lejos, hasta el fondo de la casa y está oscuro y hay brujas y tengo miedo; mejor me aguanto.

El miedo crece más; los murciélagos siguen su batalla, infatigables, tercos. ¡Váyanse! ¡Váyanse! ¡Me dan miedo! Pero no. No digo nada. No grito. No quiero ni moverme, ni ver, ni siquiera empañar el aire con mi aliento. Pienso en otra cosa, pero es inútil; el miedo sigue creciendo. Las brujas siguen en la cocina, y los murciélagos, y ahora los gatos se pelean en los techos y las lechuzas despiertan y todos se unen a mi miedo y me empiezo a despeñar, a caer como en las pesadillas y hago de tripas corazón y corro, corro a la sala porque ahí —pienso— las brujas y los murciélagos y todos no pueden entrar; el señor obispo no los dejaría. Cierro la puerta y enciendo la lámpara para verla mejor. Su retrato está sobre la chimenea. Desde abajo lo veo, sentado en su trono, solemne, dulce, benévolo, con los brazos sobre la faja morada, tal vez ayudándola. Debe haber estado escuchando a sus ovejas cuando lo retrataron.

Alrededor, los ojos fijos de mis antepasados me miran desde sus marcos tallados, deformados por la luz vacilante que se refleja sobre el cristal que nos separa. Comprendí enseguida que ellos no me ayudarían. Tenía miedo y estaba solo, tan solo como un huérfano. El miedo siguió creciendo, incontenible, cada vez más grande, y entonces vi el fondo azogado del espejo y desde ahí me miraba burlescamente y cerré los ojos y me acurrugué en el sillón y sentí húmedo y me quedé dormido y ya no supe si el miedo se fue o si me fui yo o si nos fuimos los dos...